

## Novelas del “pailón de la vida cotidiana”

*El embrujo del micrófono* (1948)

*Las hijas de Gracia* (1951)

MAGDA MORENO

Eafit, Medellín, 2017, 315 pp.

EN EL prólogo de *Cuentos y crónicas* (1926), primer libro de la escritora Sofía Ospina de Navarro, Tomás Carrasquilla escribió: “Usted, mi señora doña Sofía, es la llamada a escribir novelas sobre estos hogares de Medellín que tienen tantos matices, tanto noble e interesante [...]”. Pero doña Sofía, quizá para no contrariar a su familia, bastión del más rancio conservatismo, prefirió no meterse en los vericuetos de la ficción ni en los berenjenales de la política para dedicarse a cronocar la vida doméstica.

Sí lo hizo, en cambio, Magda Moreno (1900-1964), familiar del patriarca de la literatura costumbrista antioqueña, también oriunda de Santo Domingo, que en la madurez publicó estas dos novelas breves sobre la vida pueblerina y citadina, protagonizadas por familias de clase venidas a menos. En esos reveses del destino radica el drama de ambas historias y a la vez el heroísmo de las mujeres que llevaban las riendas de sus casas soportando críticas y señalamientos —cuando no maledicencias—; porque nunca más atinado el dicho de “pueblo chiquito, infierno grande” que en la novela *Las hijas de Gracia*, donde el chismerío de los parroquianos de Soria, en particular de la lengüilarga esposa del alcalde, típica caranga resucitada, conduce a la desgracia de Gracia.

Según cuenta en el prólogo Claudia Ivonne Giraldo, a quien debemos este invaluable rescate de la editorial Eafit, la escritora retomó en esta novela breve una historia que ya había publicado el maestro Carrasquilla en el cuento “Fulgor de un instante” (1920), donde narra

[...] la pequeña tragedia de una familia que pasa de la noche a la mañana y por el ensalmo de una invitación, del anonimato y el desdén de sus coterráneos al “curubito” de la popularidad y tiene que regresar otra vez a la soledad y la indiferencia. (p. 9)

El giro de suerte o, mejor dicho, de fatalidad fue un baile organizado por el benefactor de la familia, Erasmo Aguilar (homenaje al escritor Francisco de Paula Rendón), en el que la madre, desbordada por las atenciones, se pasó de copas y se echó un discurso altisonante por lo liberal y lo anticlerical, que armó el pandemonio en el pacato pueblo. Señaladas de “rojas”, las mujeres huyeron al campo donde la violencia política también ahuyentaba la tranquilidad luego de que el cura del pueblo las condenara desde el púlpito. De hecho, el pretendiente de Elisa, la más corajuda de las hijas de Gracia, pagó tres años de cárcel por la muerte de un conservador en una de las trifulcas ocasionadas por las murmuraciones que se regaron como pólvora en Soria y alrededores. Y por nonadas se les truncó el destino a las Pineda.

Esa violencia en un pueblo infestado de politiquería es el hilo conductor entre las dos novelas breves. En *El embrujo del micrófono*, la breve historia de amor de María Cristina Iriarte, realizadora de un programa radial de entretenimiento en una emisora paísa, con Francisco Castillo, periodista e intelectual que trabajaba en un radioperiódico, termina trágicamente con la demencial jornada que se vivió en Bogotá tras el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Antes del desenlace, que ocupa escasas dos páginas y finaliza con una patriótica exhortación, la novela documenta el auge de la radio en Medellín, donde irrumpe una voz femenina cuyas inquietudes intelectuales, sumadas a la necesidad de trabajar, la llevan a probar suerte en el popular medio y no sin tropiezos sale airosa al aire.

Aunque la capital antioqueña presumía de modernidad, no estaba bien visto que una joven de buena familia se ganara la vida detrás de un micrófono con un programa de cultura y entretenimiento llamado *Cuentos y Aromas*. Y que encima tuviera que vérselas con los anunciantes y buscar patrocinadores para financiar su espacio. Seguramente esas peripecias las vivió la autora, que además de escribir para las revistas femeninas *Orientación* y *Letras y Encajes*, y de colaborar en la prensa antioqueña, tuvo en la emisora La Voz de Antioquia programas educativos, culturales y hasta políticos que gozaron de amplia audiencia, según cuenta María Cristina Arango de Tobón en la reseña biográfica de Magda Moreno. Así que trasladó sus experiencias en la cabina a su primera novela, *El embrujo del micrófono*.

Ese espíritu de independencia que encarna María Cristina Iriarte, así como las hijas de Gracia, que sin que se les cayeran los anillos se dedicaron a oficios ásperos como la fabricación de cigarrillos y gelatina de pata, hace de estas novelas manifiestos feministas envueltos sutilmente en el género romántico de aire costumbrista. Así mismo se pueden leer como manifiestos políticos, sobre todo *Las hijas de Gracia*, cuando la matrona se rebela contra el orden establecido en esa arena que sería su perdición.

Esa es la habilidad narrativa de Magda Moreno, capaz de proyectar la imagen de una mujer moderna no amarrada al matrimonio ni a la maternidad cuando aquello era inconcebible. Si es que se casan, sus heroínas lo hacen ya “quedadas”, como les decían entonces a las mayores de veinticinco; sueñan con viajar y con trabajar para ayudar a sus familias, pero también para darse algún capricho (como un perfume de Shalimar de Guerlain). Leen, opinan sobre política con labia convincente y demuestran carácter, lo que mortificaba a los chapados a la antigua. De hecho, la propia escritora no se casó y terminó viviendo con una de sus hermanas en el barrio Boston de Medellín, donde murió.

Como se estila en la novela realista, las detalladas descripciones de las casas de familia con su mobiliario, de las prendas de vestir, de las comidas y bebidas con sus colores, olores y sabores, permiten hacer una lectura del casi fotográfico documento de época. Lectura llena de alusiones a las clases sociales y a los partidos políticos, como el cuadro del general Mosquera entronizado en

casa de Gracia, abierta provocación a los visitantes godos. Así describe la escritora una de esas casonas señoriales, en pleno centro de Medellín:

[...] con sus estrechos balcones pintados de verde y rematados en enormes bolas de cristal; sus espaciosas habitaciones alumbradas por voluminosas arañas, que reflejaban las figuras de sus briseros sobre la apagada tonalidad de las alfombras y canteaban de luz las maderas oscuras de los muebles, revivíanle a ella [Luisa Ávila] los años de su mocedad, en un hogar que supo brindarles calor de nido. También allí se vivía a la antigua. (p. 35)

Más adelante precisa que la decoración interior de la casa estaba compuesta por objetos franceses que se traían desde Nare a lomo de mula o a hombros de carguero.

En ambas novelas también aparece la famosa biblioteca del Tercer Piso de Santo Domingo (Soria en la ficción) fundada a finales del siglo XIX, donde se celebran las veladas literarias y convites importantes del pueblo, como la dichosa fiesta para presentar en sociedad a las hijas de Gracia, y que simboliza un escenario de concordia en el belicoso pueblo del nordeste antioqueño. Biblioteca dotada con grandes obras de la literatura francesa y española que contribuyó a multiplicar el gusto por la lectura entre los jóvenes como Magda Moreno, quien se pudo dar el lujo de terminar su bachillerato para luego estudiar corte, confección y culinaria, oficios que trasladó a varias de las protagonistas de sus novelas. Aunque ninguna de estas llegó a la universidad como sí lo hizo ella, que estudió historia de la literatura en la Universidad de Miami gracias al apoyo de uno de sus tíos, porque en su familia, como en las típicas antioqueñas, la solidaridad con la parentela ha sido mandato divino y terrenal.

Sorprende sobremanera la autora por el dominio del español más castizo realizado con el acervo expresivo paísa, tan colorido y jugoso que invita al lector a ir recogiendo en el camino de la lectura esas palabras, expresiones y dichos hoy prácticamente en desuso (verbigracia, “ñapanga”, “tuntunienta”, “carantoñas”, “estaba pintiparada”, “quedó lela”, “comer pavo”, “carne de cura indigesta”, “liberales de tuerca y tornillo”, “se afana más el velón que el dueño de la olla”, “alborotar el avispero”, etc.). De estilo sobrio y elegante, con clara búsqueda estética, demuestra su rapidez mental en los vivaces diálogos y hasta se permite sus arrebatos retóricos y acaso místicos, aunque la religión católica no quedó bien parada en estas novelas donde los curas hacen parte de las componendas del poder.

Tampoco falta el racismo raizal contenido en expresiones del tipo “meterme en la cocina como una negra” (p. 195), que hoy expurgaría cualquier editor políticamente correcto. Curiosamente, Lola, una de las hijas de Gracia, se casó con un muchacho negro, Epaminondas, muy de la casa, y tuvo un hijo con él, lo que debió haber escandalizado a muchos lectores de la villa de Aburrá. Ni se pasa por alto el anticomunismo, bestia negra de la época que aparece agazapada en el estallido del Bogotazo: “[...] la capital casi destrozada, la religión ultrajada, la radio profanada, la locura colectiva,

el comunismo [...]” (p. 172), pensó María Cristina cuando se enteró de la noticia. Introspecciones que, dicho sea de paso, son marcas de la novela moderna.

Sin ser novelas de amor sino sociales, en ellas nos regala la autora románticos e inocentes noviazgos que las más de las veces se ven impedidos por la fatalidad, y heroínas como María Cristina Iriarte, que “a pesar de su apariencia de muñeca de Tanagra, se ha enfrentado con la vida como una leona” (p. 92), según le comentó un colega a su galán, Francisco Castillo.

Además de estas dos obras que comparten algunos de sus personajes, Magda Moreno publicó el libro de ensayo *Dos novelistas y un pueblo* (1960), en el que rindió tributo a los maestros de la literatura antioqueña Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón, amigos y paisanos de Santo Domingo. El primero se encarna en el maestro Rentería de *El embrujo del micrófono*, cuyas tertulias eran famosas en el pueblo. Paradójicamente, Rentería le encareció a María Cristina (álter ego de Magda) nunca meterse a novelista, “microbio que cundía en la familia”, según él, y mejor incursionar en la radio, un medio prometedor en el que le auguraba éxito. El segundo, representado en Erasmo Aguilar, político, periodista y godo respetuoso, simbolizó otra figura paternal para la autora y también la influyó en la creación de caracteres típicos dominicanos. En *Las hijas de Gracia*, la autora le rinde homenaje a José María de Pereda y hermana su novela vernácula con la del español. A propósito de este intelectual y notario del pueblo, dice la narradora: “[...] colábase en las de sus vecinos cual en casa propia, y, como quien no quiere la cosa, sonsacaba a su amaño del pailón de la vida cotidiana cuanto sentimiento, expresión o motivo juzgara digno de trasladar a las páginas de sus novelas” (p. 208).

Heredera de esa escuela naturalista que se traslapó con el costumbrismo, Moreno retrató a la sociedad antioqueña con lo mejorcito y lo peorcito de la galería, entre ruines y bondadosos. Por ello saludaron con entusiasmo sus novelas otros dos importantes periodistas y escritores antioqueños: Ricardo Uribe Escobar y Francisco Villa López. Este último escribió sobre *El embrujo del micrófono*: “Me sorprendió esa pluma experta, esa sensibilidad descriptiva y un temperamento sutil de observación y de exquisito gusto” (p. 19). Y en el prólogo de *Las hijas de Gracia*, Abel García Valencia escribió sobre esta novela “terricola” que su virtud está

[...] en el relato desenfadado y ágil, en el sentido del humor que matiza los diálogos, en el desenlace natural y sin accidentes, en el temblor de la emoción que anima las descripciones, en la intensidad dramática de determinados pasajes, en el realismo de los tipos humanos. (p. 181)

En la bellísima edición de la editorial Eafit sobresalen el retrato de Magda Moreno en su juventud, así como las ilustraciones de Alejandro García Restrepo, que nos devuelven a Gracia en actitud histriónica dando el polémico discurso sobre un taburete y los micrófonos que simbolizaban la era de la radiodifusión en Colombia. Solo empañan la pulcra edición algunos descuidos ortográficos como “foragido” (p. 294), “espectante” (p.

28), “embelezada” (p. 33), amén de unas pocas tildes faltantes.

Sea la oportunidad de saldar la deuda con esta fascinante escritora, tan olvidada que no clasificó en el inventario de 180 escritoras antioqueñas del libro que reeditó la Gobernación de Antioquia en 2019. Escasamente se encuentran un par de estudios académicos. Destaco la tesis de maestría en estudios literarios de Marcela Ospina, de la Universidad Nacional (2016), que se ocupa de cuatro escritoras colombianas de los años cuarenta, entre ellas la antioqueña Magda Moreno.

Moreno Ceballos estaba tan oculta en los anales de la literatura antioqueña como la guaca que descubrió Lorenzo Ávila, el primo inútil y tarambana de las Iriarte, en el patio colonial de la casa del pueblo, y cuyas riquezas pronto derrochó con humos de nuevo rico. Alardes de grandeza que sirvieron de material novelable al maestro Tomás Carrasquilla, quien dibujó sin compasión antivalores como la hipocresía, el arribismo, la impostación. Magda Moreno, fiel discípula suya, acogió estos mandamientos literarios para confeccionar sus novelas. Al fin y al cabo, ella estudió modistería y él fue sastre en el pueblo antes de volverse famoso.

**Maryluz Vallejo Mejía**